



Por razones de las que no es momento ahora de hablar con detalle, empecé a servir como criado en casa de un funcionario de San Petersburgo apellidado Orlov; tenía unos treinta y cinco años y se llamaba Gueorgui Iványch.

Entré al servicio del tal Orlov con la vista puesta en su padre, un famoso hombre de Estado al que consideraba un serio enemigo de mi causa. Según mis cálculos, al vivir en la casa del hijo, las conversaciones que allí oiría y los documentos y notas que encontraría en el escritorio me permitirían estudiar a fondo los planes e intenciones del padre.

Hacia las once de la mañana, por lo general, resonaba en mi cuarto de criado una campanilla eléctrica para anunciarme que el señor se había despertado. Cuando entraba en su dormitorio para llevarle el traje cepillado y las botas lustrosas, Gueorgui Iványch ya estaba sentado en la cama, inmóvil, más cansado de dormir que somnoliento, con la mirada

fija en un punto y sin mostrar el menor placer por haberse despertado. Le ayudaba a vestirse y me obedecía a desgana, en silencio, sin reparar en mi presencia; después de lavarse, con la cabeza mojada y olor a colonia fresca, se dirigía al comedor a desayunar. Se sentaba a la mesa, tomaba café mientras leía la prensa y la doncella Polia y yo, de pie junto a la puerta, lo mirábamos respetuosamente. Dos adultos tenían que mirar con grave atención cómo un tercero tomaba café y comía galletas. Es probable que esto parezca ridículo y absurdo, pero para mí no había nada humillante en ello, a pesar de pertenecer a la nobleza, como Orlov, y de ser tan instruido como él.

Por aquel entonces la tuberculosis empezaba a hacer mella en mí y, con la enfermedad, tal vez algo más importante. No sé si a causa de esto o del cambio que se estaba produciendo en mi modo de ver el mundo, del que en ese momento no era consciente, cada día me sentía más dominado por un desesperado y exasperante deseo de vivir una vida convencional, acomodadiza. Quería calma espiritual, salud, aire puro, buena alimentación. Me estaba volviendo

un soñador y, como tal, no sabía exactamente lo que quería. A veces sentía deseos de recluirme en un monasterio y pasar días enteros contemplando los árboles y los campos desde una ventanita; otras veces, me imaginaba comprando cinco *desiatinas*¹ de tierra y viviendo como un terrateniente; otras, me prometía a mí mismo que me consagraría a la ciencia y acabaría siendo profesor en alguna universidad de provincias. Como era teniente retirado de la marina rusa soñaba con el mar, con la escuadra y con la corbeta en la que había dado la vuelta al mundo. Deseaba revivir la indescriptible sensación que uno siente al pasear por una selva tropical o al contemplar la puesta de sol en el golfo de Bengala y, petrificado por el éxtasis, añora, al mismo tiempo, la patria. Soñaba con montañas, mujeres y música, miraba los rostros y escuchaba las voces con atención e interés, como un niño. Por este motivo, al contemplar desde la puerta cómo Orlov se tomaba el café no me sentía un criado, sino alguien que tiene

1. Antigua medida rusa equivalente a 1,09 hectáreas. (*Todas las notas son del traductor*).

curiosidad por todo en este mundo, incluso por un hombre como aquel.

Orlov tenía una apariencia muy petersburguesa: hombros estrechos, talle largo, sienes hundidas, ojos de un color indefinido, pelo ralo y débilmente teñido en la cabeza, barba y bigote. Su rostro, bien cuidado, aunque consumido y desagradable, se hacía aún más desagradable cuando reflexionaba o dormía. Describir un físico corriente casi no vale la pena; además, San Petersburgo no es España: aquí el físico de los hombres no tiene demasiada importancia, ni siquiera en cuestiones amorosas, y solo los criados y los cocheros precisan de una buena apariencia.